

LA LECCIÓN

Dr. Gerardo de la Llera Domínguez

Era un día caluroso del verano habanero y ese día disfrutaba caminando por el espacioso malecón desde donde se divisaba el desafiante Morro de la colonia. Ricardo pensaba libremente sin percatarse de que en esos instantes ocupaba la inmensidad de la capacidad del cerebro humano. Sus pupilas se abrían al espacio pero a pesar de que todas esas imágenes de vivos colores del trópico penetraban, no pasaban de las retinas por el automatismo y ausencia de la menor reflexión,. La idea fija de que su vida se estaba agotando, no se apartaba y no era específicamente el aparente cercano final lo que lo preocupaba, pues ni pizca de miedo sentía, ni tampoco que se diga, existía una razón o enfermedad que anunciara tal contingencia. Lo que más lo mortificaba era que durante esos años vividos, muchos eran los amores disfrutados y muchas las ilusiones perdidas. En verdad, se había enamorado en varias oportunidades, o por lo menos, eso creía. Recordaba cada uno de los momentos de intenso romanticismo y de increíble sexo que se había producido en cada ocasión, para después amargamente tras un lánguido lapso de tiempo que podía a veces ser de años caer pesadamente todo ese amor vivido en una gran bolsa de vacío infinito. Siempre surgía invariablemente la eterna interrogante de si tales fracasos y la distante e inalcanzable tranquilidad equilibrada de la felicidad era sólo una ficción de quienes se imaginaban disfrutarla o era que a ciertas personas les quedaba vedada tal condición. Se preguntaba también si todo consistía en algún recóndito y secreto trastorno de su psiquis que conducía su comportamiento en forma absurda al no reconocer las bondades de las féminas que habían cursado por su existencia. Sólo una de aquellas se apartaba de lo sucedido por su fallecimiento prematuro.

Llegó en su caminar hasta la explanada que se encuentra frente al comienzo del Paseo del Prado y donde del lado del litoral se puede observar el amplio foso de la fortaleza que yace vecina. Cruzó y dirigió sus pasos hacia el Paseo del Prado, que a esa hora del atardecer, no se encontraba excesivamente frecuentado. Se adentró marchando por el centro de la vía y al pasar por debajo de los árboles que marginan el recorrido escuchó con agrado el trinar de miríadas de pequeños pájaros que anidan desde tiempos inmemoriales

dichas ramas. Cuando hubo caminado un trecho, le vino el impulso de algo que no había hecho y desde niño había deseado, aunque nunca se había atrevido, pues las estatuas le causaban pavor en esa época. Recordó cuando su padre lo llevaba al Capitolio y se sobrecogía al culminar la escalinata frontal donde a cada lado como guardianes se encuentran las estatuas “La Virtud Tutelar del Pueblo” y “El Trabajo” obras del prestigioso escultor italiano Ángel Zanelli, autor también de la escultura del interior del Capitolio la estatua de “La República”, una de las mayores del mundo bajo techo. En esos momentos se aferraba a la mano de su progenitor y trataba de esconderse tras sus piernas, aunque jamás confesó tal sensación. Fue así que pasó la mano por el lomo de uno de los famosos leones de bronce que adornan con su presencia el bonito paseo y disfrutó la dulce sensación del triunfo, anhelada durante tantos años. Cruzó la calle y tomó uno de esos carruajes aparecidos desde hace relativamente poco tiempo en La Habana, que son una mezcla de bicicleta y palanquín llamadas “bici-taxis”, indicándole al conductor que lo llevase a la Plaza de los Capitanes Generales en el casco histórico de La Habana. Descendió del improvisado coche y caminó por toda la Plaza sintiendo placer al hacerlo sobre los adoquines de madera que se encuentran pavimentando la calle frente al Palacio que da nombre al lugar. Durante el bello recorrido por las antiguas calles del casco histórico de la Habana Vieja, acertó a pasar por la puerta del legendario Hotel “Ambos Mundos”, donde como se sabe, vivió el famoso escritor norteamericano Ernest Hemingway. Automáticamente acudieron a su mente un buen número de escenas salidas de sus numerosos libros. Escenas que habían cobrado vida en su imaginación a medida que transitaba por las prolijas líneas de rica descripción, al punto que no podía distinguir donde terminaba la ficción y comenzaba el sueño. Pudo observar la frágil embarcación sacudida por los tirones al sedal del enorme pez, el polvo y el ensordecedor ruido de los obuses y se imaginó al célebre artífice de la pluma en sus pantalones “bermudas”, rodeado de multitud de amigos, celebrando con un vaso de “daiquiri” en la diestra. Nunca cupo en su mente el absurdo final de quien vivió la vida intensamente y quien conoció en vida el reconocimiento de la humanidad a su trabajo. Nunca tuvo explicación para ello como no fuese producto de una importante desviación de la mente. Extrañas situaciones las de la vida, que hace tal fatal juego precisamente a una mente tan privilegiada.

Mientras caminaba, miraba los adoquines que pavimentan las antiguas calles y pensaba en la remota época de la colonia, surgiendo la pregunta de que quizás los más admirados patriotas de nuestras gestas independentistas, Martí, Maceo, Máximo Gómez y tantos héroes y mártires de nuestra historia, había transitado por allí, habían pisado esas piedras y quizás incluso alguno hubiese caído sobre las gastadas lozas luchando por nuestra Patria. Pensaba también en el tránsito de tantos “hombres sin historia” como llamó un famoso escritor a los negros esclavos de la época de la colonia. Pensó en la vida, sinsabores, alegrías, angustias y éxitos de todos aquellos que ya habían pasado, pero que su rastro vive en cada uno de nosotros y se percataba de lo importante que es dejar la huella, pero sobre todo la huella que se recuerde con bienestar.

Así continuó su paseo, hasta llegar a una cafetería o más bien taberna ubicada frente a una espaciosa plaza centrada por una fuente, donde se dispuso a ingerir una fría jarra de cerveza fabricada en el propio lugar. Eligió una mesa cercana a la amplia entrada y tomó asiento en uno de los cuatro taburetes que daban con su aspecto tradicional el toque de cubanía al atractivo lugar. Delante de sí tenía la despejada plaza y a sus oídos, llegaban mezclado con el bullicio de la calle y voces de niños que jugaban “a la pelota”, los acordes de viejas canciones cubanas, entonadas por un trío de guitarras y claves, que amenizaban una pequeña celebración organizada por unos turistas en una cafetería cercana con mesas ubicadas en el exterior del local. Ahora frente a la fría jarra de cerveza, su pensamiento voló mucho más y añoró como nunca amores pasados, sobre todo aquel que la muerte le había arrebatado. Tan absorto estaba en sus pensamientos, que no se percató de la dama que penetró en el inmueble, acompañada de un caballero de aspecto distinguido. Ocuparon una mesa muy cerca de Ricardo, de forma que el sitio de la dama quedaba frente a él, algo lateral hacia el lado izquierdo. Pasó algo más de una media hora de que la pareja había recibido su pedido y se encontraban inmersos en una animada charla, aderezada con sendas jarras de cerveza oscura y sus correspondientes “saladitos”, como se le dice en Cuba a los alimentos acompañantes de las bebidas alcohólicas, que en esta ocasión eran esos pequeños pescaditos llamados “majúas”. La dama, de piel muy fina, tersa, pareja y de color sepia claro, era un dechado de belleza, con un rostro enmarcado en una línea redondeada, de ojos expresivos, nariz pequeña y

labios sensuales que permanentemente esbozaban una sonrisa. Esta preciosa imagen, que parecía salida del pincel de Collazo, asentaba en una armoniosa anatomía sin exageraciones y sumamente atrayente a la mirada masculina. Se encontraba ataviada en forma sencilla como lo hace una mujer que se sabe dueña de tales virtudes de presencia. Su conversación era suave y dulce, que se tornaba más placentera por el timbre de voz que sin ser de tono alto, se esparcía por el ámbito del local en forma cadenciosa. El caballero sentado a su lado, era mayor en edad que ella. Vestía elegantemente con una guayabera de excelente confección y se dirigía a la dama con gran respeto y dulzura. A todas luces se notaba que sentía una especial atracción por aquella mujer y que hacía todo lo posible por conquistarla. En una de las ocasiones, pronunció su nombre, "Maia", lo que llegó a oídos de Ricardo, quien aún sin percatarse de la presencia de la pareja, pensó que ese nombre, de bella sonoridad, correspondía a una de las Diosas de la mitología griega que le dio descendencia al rey Zeus, preguntándose si la propietaria, conocía esa historia. Giró la cara y dirigió su mirada hacia el lugar donde se encontraba la bella dama. Quedó sorprendido ante la inusual atracción que ejercía aquel rostro y a partir de ese momento se comenzó a sentir inquieto, pues deseaba continuar extasiado en la contemplación de aquel ejemplar femenino, pero la prudencia y la educación, le aconsejaban no hacerlo para respetar la presencia del caballero acompañante. Sin embargo sentía por alguna inexplicable razón que era observado por aquella dama, con más frecuencia que lo usual. Él sabía que lo normal cuando dos personas del sexo opuesto, que no se conocen y que por un rato están una frente a la otra, es que se miren por breves instantes, como si en forma intuitiva y no consciente quisiesen definir si se conocen de algún sitio anterior. Una vez pasado esa fracción de tiempo, cada uno regresa a su entorno particular, sin ocuparse más del asunto. En este caso Ricardo sentía, más bien que veía, la perpetuación de la interrogante entre los dos, donde sin trascendencia aparente se compartía en silencio la culpabilidad. No pudo resistir la tentación de fingir mirar hacia la calle en dirección adelante y a la izquierda, donde se recortaba la silueta de aquella mujer, posando allí por breves instantes sus ojos que invariablemente se cruzaban con los de ella quien también en forma furtiva lo miraba. En una de las oportunidades observó que el acompañante de la hermosa dama, se levantó del taburete para

observar algo en la vitrina de cristal que se encontraba al lado de la barra del establecimiento, donde se exponían las ofertas comestibles tales como camarones rebosados, hamburguesas, filetes de pescado y muchas otras cosas, mientras al parecer aprovechando la situación, la dama escribió con el carmín algo en una de las servilletas de papel puestas en la mesa, la que cayó al piso, al parecer en forma inadvertida. Terminó su jarra de cerveza y ordenó otra, a fin de tener un pretexto para seguir en aquel delictivo disfrute, más poco tiempo después, el caballero de la pareja, pidió que le trajesen la cuenta y una vez que hubo pagado, ambos abandonaron la mesa que hasta entonces habían ocupado. Esto tomó a Ricardo de sorpresa y tuvo la presunción de que se había sospechado algo. Los observó caminando lentamente hacia una de las calles que morían en la explanada. Iban uno al lado del otro, aunque curiosamente no del brazo. Ese detalle le confirmaba en tal grado la complicidad de la dama que hasta pensó en la posibilidad de algún tipo de mensaje escrito en la servilleta dejada caer al piso por la bella mujer. A Ricardo se le antojaba este hecho, no como casual, sino premeditado, precisamente para en forma inadvertida establecer una comunicación con él. En forma rápida y sin que se notara se las arregló para, poniéndose de pié, fingir que algo se le había caído en esa dirección a fin de recoger el papel del piso. Su acción fue exitosa, pues en la servilleta aparecía escrito la palabra "AGUARDA". ¡No lo podía creer! ¿Cómo era posible que una beldad de tal magnitud, se hubiese fijado en él que ya era lo que se puede decir un anciano? No pudo evitar observar su imagen reflejada en un gran espejo que se encontraba en la taberna y con todo ese eufórico torbellino que le rondaba la testa, se compensó pensando en que después de todo no se veía tan mal, ni tan desgastado, ni tan anciano, descartando rápidamente la idea de que estaba usando un mecanismo compensatorio que no lo dejaba ver la triste realidad. Ese ensimismamiento, duró pocos segundos, pues de inmediato llevó de nuevo su mirada a la pareja que se alejaba del lugar, con la esperanza de recibir por parte de ella alguna señal. Se habían detenido muy cerca en una venta de artesanías, de las que abundan en estos entornos para ofrecer sus productos principalmente a turistas. A los pocos instantes de estar allí, Ricardo observó que ella se separó, desplazándose hacia los servicios sanitarios del lugar, donde penetró. Allí firme como una estatua, quedó con su pensamiento en

vigilia, esperando la salida de la dama, quien al hacerlo habló con la señora que se encontraba a cargo de la atención del servicio y le entregó al parecer algo de dinero, supuestamente acompañado de un papel, apresurándose a reunirse con el caballero que se encontraba aguardando frente a la venta de artesanía con un pequeño paquete en la mano, que evidenciaba una compra hecha seguramente con la finalidad de obsequiar a su bella acompañante, lo que se corroboró, al ofrecerlo en cuanto ella hubo arribado a su lado. El premio recibido fue un beso en la mejilla, cosa que disgustó a Ricardo, quien desde su mesa en la taberna observaba todo con detenimiento. El caballero y su dama echaron a andar y se perdieron adentrándose en una de las estrechas calles del casco histórico de La Habana.

Ricardo estaba seguro de que algo pasaría y que recibiría alguna señal o noticia, mirando una y otra vez en la servilleta la palabra escrita con lápiz labial. A los pocos instantes pudo observar que la señora que cuidaba los sanitarios, llamó a uno de los muchachos jóvenes que merodeaban siempre por la plaza, a quien le hubo de entregar un pequeño papel, señalándole hacia la dirección donde él se encontraba. Ya no tenía dudas. Hacia él venía el mensaje esperado que lo pondría de nuevo en comunicación con esa mujer de ensueños que tanto le recordaba aquella que desapareció de él arrebatada por la muerte. Ya soñaba con rehacer toda su vida que hasta esos momentos a pesar de todas las glorias recibidas, se encontraba anímicamente vacía.

Es increíble como en pocos segundos, sobre todo cuando se tiene un anhelo intenso, la mente es capaz de tejer toda una trama tan cercana a la realidad que quien lo siente experimenta el impacto de la vida misma que lo dulcifica o lo lacera, según el caso. Ya el mensajero se hallaba a pocos pasos de él por lo que preparó unas monedas para ofrecerlas como propina y con una sonrisa de euforia y triunfo se dispuso a recibir la anhelada misiva. El muchacho llegó finalmente frente a él... ¡y siguió de largo!. Ricardo consternado y molesto por la torpeza del mensajero, se viró para llamarlo y señalarle su equivocación, cuando observó que entregaba la nota a un apuesto joven que se encontraba en una mesa, detrás de él, justo en su propia dirección. El joven aceptó la nota, ofreció una propina al muchacho y le lanzó una mirada mezcla de burla y desprecio, quizás por haber observado el hecho de la recogida de la servilleta, con el mensaje que evidentemente no era para él. Tuvo que contentarse con el

recuerdo y la certeza de que todo ese supuesto lance había sido cosa de su imaginación pues su presencia no había sido nada para aquella hermosa mujer a quien tanto había admirado.

¡Que gran error!, no sólo de procedimiento sino también de apreciación. ¡Que gran tristeza!, al comprobar que los procesos de la vida son irreversibles y que cada etapa hay que vivirla de acuerdo a lo que es, pues cada etapa tiene su encanto.

Esta lección, nunca sería olvidada por Ricardo.